

los. Se ha explicado el hecho de esta manera: "Fué Dios servido de que los mexicanos se ocuparan en recoger los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagaje, y de sacar los muertos de aquella acequia, y los caballos y otras bestias; y todo lo echaron en unos piélagos que estaban allí cerca, de manera que quedó limpia el acequia de todo lo que allí había caído, y por esto no siguieron el alcance, y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos." (1) Es verdad que los méxica se habían ocupado en limpiar las cortaduras y fortificar de nuevo la calzada, mas no únicamente para aprovechar los despojos, sino porque estando encastillados en el cuartel los soldados que se habían vuelto de la rezaga, los cuales se defendían animosamente, Cuitlahuac porfiaba por destruirlos, estando detenido con su ejército ante aquel obstáculo. Muy militar era acabar primero con el enemigo refugiado en la ciudad, ántes de salir contra el del campo; dejar inexpugnable la calzada á fin de evitar la salida de los unos y la vuelta de los otros. (2)

Aquella noche en Totoltepec los fugitivos encendieron grandes

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXV.

(2) Conocemos lo inadecuado de interrumpir frecuentemente la narracion con largas notas de controversia ó discusion; pero no nos ocurre medio de evitarlo, ya que establecemos algunos hechos los cuales es indispensable probar. La vuelta al cuartel de una parte de la rezaga nos parece confirmada plenamente.

Gomara, Crón. cap. CIX, pone: "esto es muy de creer, que todos se concertasen, y no lo que algunos dicen, que Cortés se partió los cencerros atapados, y que se quedaron más de docientos españoles en el mismo patio, y real, sin saber de la partida, á que despues mataron, sacrificaron y comieron los de México, pues de la ciudad no se pudiera salir, quanto más de una mesma casa, Cortés dice que se lo requirieron."—Gomara fue informado por los conquistadores y aún escribía por los dichos de Cortés; así es que, no obstante su duda, relata el rumor adoptado por los testigos presenciales.

Herrera, déc. II, lib. X, cap. XII, escribió por documentos fehacientes y por relaciones escritas de los conquistadores, y escribe: "Con este trabajo salieron los castellanos á la tierra firme, quedando muertos ciento y cincuenta soldados, con cuarenta presos, que fueron sacrificados, y ciento que se volvieron á la torre del templo, á donde se hicieron fuertes tres dias, y por la hambre se dieron y murieron la misma muerte."—Síguele Torquemada, lib. IV, cap. LXXII.

Juan Cano, casado con Doña Isabel, hija de Motecuhzoma y esposa que había sido de Cuauhtemoc, aseguró á Oviedo, lib. XXXIII, cap.: "Bien se quien era esse (Botello) y es verdad que fué de parecer que Cortés é los chripstianos se saliesen; é al tiempo de efectuarlo no lo hizo saber á todos: antes no lo supieron sino los que con él se hallaron á essa plática, é los demas que estaban en sus aposentos é quarto-

lumbres con la leña acopiada en el teocalli; curaron á los lastimados apretándoles con mantas las heridas, muy hinchadas y dolorosas por la irritacion; tomaron algun alimento del traído por los otomfes, tendiéndose en seguida por el suelo para reparar los fatigados miembros. Algunos no obstante el cansancio velaban, porque los guerreros de la comarca, reunidos al pié de la altura daban grita, tirando piedras y flechas: el rumor se fué sosegando paulatinamente, á medida que las horas fueron avanzando. A la media noche, es decir, al principiarse el lunes dos de Julio, D. Hernando despertó á los suyos; los heridos, los cojos apoyados en bordones, las pocas mujeres que aún quedaban, fueron colocados en el centro de la hueste; pusieron á quien no podía andar á la grupa de los caballos; los cuatrocientos ó quinientos peones formaron una columna compacta, flanqueada por los veinticuatro jinetes, yendo á la descubierta ó interpolados, los seiscientos tlaxcalteca sobrevividos á la matanza.

Dejando encendidos los fuegos, la hueste bajó en silencio la cuesta, siguiendo á D. Hernando puesto á la cabeza con los guias tlax-

les se quedaron, que eran doscientos é septenta hombres, los cuales se defendieron ciertos dias peleando, hasta que de hambre se dieron á los indios é guardáronles la palabra de la manera que Alvarado la guardó á los que dicho. E así los doscientos é septenta chripstianos, é los que dellos no avian seydo muertos peleando, todos quando se rindieron fueron cruelmente sacrificados."

El Peregrino Indiano, Cauto XIII, pág. 213, puso:

Quedáronse dozientos reçagados  
Que allí se los dexó su desventura.

En el Códice Ramírez, MS. encontramos: "Los mas cobdiciosos del ejército no queriendo dejar el oro y plata que habían robado, se ocuparon en hacer baules para llevarlo consigo, y al tiempo que comenzó á caminar D. Hernando Cortés unos se quedaron algo atrás para llevar su oro y plata, y otros en el palacio real aliándose. . . . y á los miserables que se habían detenido en las casas reales por cobdicia de no dejar los despojos, los cogieron á unos en la plaza, y á otros dentro; dicen que murieron en la hoya trescientos hombres españoles sin los que cogieron en la ciudad y casas reales, los cuales fueron cerca de quarenta que los sacrificaron delante de su ídolo sacándoles el corazón."

Sigue esta misma version el P. Acosta, estampando en el lib. VII, cap. XXVI. "Muchos, por guarecer el oro que tenían, no pudieron escapar: otros, deteniéndose en recogerlo y traerlo, fueron presos por los mexicanos, y cruelmente sacrificados ante sus ídolos."

En los fragmentos MSS. que siguen al Códice Ramírez, encontramos: "mas al fin se fueron y los tristes que quedaron en la casa fuerte, segun dicen los viejos y en sus pinturas está pintado, hizieron los mexicanos fiesta con ellos y su carne."

calteca. Sentida á poco por los escuchas enemigas, que apellidaron á los guerreros, la algazara y la pelea se hacian más ó ménos vivas segun acudía ó se retiraba la gente de los pueblos comarcanos: aquellos rebatos sin orden ni concierto, más eran manifestaciones personales de los habitantes de la comarca. La penosa y lenta marcha de los heridos, pararse de continuo á resistir el golpe de los contrarios, hacía el avance lento y difícil. Al amanecer, cinco de á caballo lograron desbaratar los escuadrones puestos al paso, con lo cual la hueste pudo subir las cortas alturas, llegó á Palacoayan cuyo pequeño pueblo quemó y destruyó, apoderándose de los víveres, bajó á la llanura de Atizapan y ántes de medio dia logró refugiarse en el pueblo de Teocalhuican. Era un pueblo de otomtes, parientes de los de Tlaxcalla, cuyo señor Otocoatl, ya por el parentesco, ya por el ódio de raza con los méxica, recibió con amor á los fugitivos, dándoles víveres y aún algunos hombres para acompañarlos. Quejaronse aquellos bárbaros del mal tratamiento de los de México, á lo cual respondió D. Hernando: "No tomeis pena aunque me vaya, que yo volveré presto, y haré que esta sea cabecera, y no sujeta á México, y destruiré á los mexicanos." (1) Los castellanos se aposentaron en el teocalli, pasando con seguridad la noche.

Sin embargo de cambiar en los pormenores, las tradiciones españolas y mexicanas están conformes, en que los méxica tomaron cierto número de prisioneros dentro del cuartel despues de la salida de D. Hernando. Absolutamente falsa nos parece la version de que aquellos soldados hayan sido abandonados por Cortés, pues ademas de constar que ordenó á Ojeda recorrer los aposentos para avisar á los remisos, en aquellos momentos de apuro tenía la necesidad urgente de contar con el mayor número posible de soldados. Mas visos de verdad tiene, aunque no se presenta bien justificado, que aquellos rezagados se quedaran por cargarse del oro abandonado. Supuesta la presencia de los castellanos en el cuartel, la version más natural es la adoptada por nosotros, fundada en Herrera; aquellos soldados formaban parte de la rezaga; cortados de sus compañeros por la pérdida del puente portátil en la primera cortadura, se replegaron al cuartel, se encastillaron de nuevo, peleando por tres dias hasta tener que entregarse por falta de víveres. Ante este episodio de la gran epopeya, no se ha detenido la consideracion de los escritores modernos, no sabemos por cuáles respetos. Prescott, tom. 2, pág. 56, nota 36, hace mérito del dicho de Juan Cano; mas calificándole de cuento inverosímil lo pasa de largo, sin detenerse á meditar en las afirmaciones de los demas autores.

(1) Sahagun, cap. XXVI, primera relacion.—Cartas de Relac. pág. 145-46.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—La discusion del itinerario la encontrará el lector en el Diccionario Universal de Hist. y Geog., en el artículo intitulado: Itinerario del ejército español en la conquista de México.

Mártres tres de Julio abandonaron á Teocalhuican. Unida la hueste y en formacion compacta, protegida por los jinetes, marchó abriéndose paso donde quiera se presentaron los indios; atravesó los pueblos de Cuauhtitlan y Tepotzotlan, costeó las riveras occidentales del lago de Tzompanco, deteniéndose en la orilla boreal, en el pueblo de Citlaltepec: la jornada fué de unas siete leguas. Los moradores, sin hacer resistencia huyeron á los pueblos comarcanos, dejando abundantes provisiones; por este motivo, para dar reposo á los heridos y dejar se repusieran los caballos, permanecieron ahí todo aquel dia y el siguiente miércoles cuatro. El maíz ahí encontrado dió lo suficiente para llevar despues al camino alguna cantidad de tostado ó cocido. (1)

Hacia este tiempo, los castellanos encastillados en México, despues de defenderse valientemente por tres dias, se entregaron vencidos por el hambre. Aunque la tradicion no lo dijera, debiamos admitir sufrieron la suerte de todos los prisioneros de guerra; fueron sacrificados á los dioses y sus carnes comidas por los vencedores. Ignoramos si segun las costumbres sufrieron inmediatamente aquella suerte atroz, ó los conservaron para inmolarlos en la festividad de la coronacion del nuevo rey. Se desprende claramente de los hechos, que libre Cuitlahuac de los enemigos de la ciudad, volvió su atencion á los del campo, juntando ejército para ir á combatirlos.

La hueste española dejó á Citlaltepec el cinco de Julio. Combateda en el camino, aunque no de una manera vigorosa, fué á pernotar en el pueblo de Xoloc, abandonado por los habitantes. La marcha, comenzada al O. de la capital y proseguida luego hacia el N., tomaba ahora al E., verdadero rumbo para Tlaxcalla. Puesta en movimiento el siguiente dia seis, los enemigos combatieron constantemente la columna; presentáronse en mucho número, y atacaron principalmente la rezaga. Cortés con cinco jinetes y diez peones intentó apoderarse de un pueblo; mas fué rechazado quedando herido de dos pedradas en la cabeza: proseguida la marcha, los méxica apretaron con brio matando á dos castellanos y el caballo de Cristóbal Martin de Gamboa. Urgida por el cansancio la hueste, hizo noche en Zacamolco, pueblo abandonado por los vecinos, situado en el cerro de Aztaquemecan, cuyas faldas se llamaban Tonan. Mu-

(1) Cartas de Relac. pág. 146.

chos les apretó el hambre, cenando como gran regalo del caballo muerto en la jornada. (1) Fué tanta la falta de víveres, que "un castellano aquejado del hambre, abrió á otro muerto y le comió los hígados, y Cortés le mandó ahorcar, y no se hizo á ruego de muchos." Los aliados se echaban al suelo, mordían la tierra arrancando yerbas, y alzando los ojos al cielo exclamaban: "Dioses, no nos desampareis en este peligro, pues teneis poder sobre todos los hombres, haced que con vuestra ayuda salgamos de él." (2)

Cuitlahuac seguía atento la marcha de los blancos; desembarazado de los enemigos de la ciudad, juntó un poderoso ejército compuesto de sus súbditos, de los de Texcoco, de Tlacopan y de los pueblos de los lagos, cuyo mando confió al Cihuacoatl, poniendo en sus manos el *tlahuizmatlaxopilli* ó gran estandarte, compuesto de una asta, de cuya punta superior colgaba una red de oro. Como la nobleza, los guerreros de cuenta habían perecido en la mayor parte, la tropa vestía casi en totalidad las blancas divisas de los aspirantes. (3) Salidos de México los escuadrones, con intento de cerrar á los teules el camino de Tlaxcalla, fueron á situarse aquella noche del seis, á las faldas occidentales del mismo cerro de Aztaquemecan.

Poco despues de amanecer del sábado siete de Julio, los teules se pusieron en marcha. Cortés había sentido á los méxica y modificó el orden de la hueste; los tercios de los peones, divididos en compañías, debían mantenerse unidos, procurando herir de punta en los contrarios y aprovechar los golpes en los capitanes y oficiales principalmente: la caballería, por pelotones de cinco en cinco, llevarían las lanzas terciadas á la altura del rostro de los de á pié, procurando no tanto herir, cuanto atropellar y desordenar las filas enemigas: á fin de dejar expeditos á los jinetes, los heridos quedaron protegidos en el centro de la infantería. Llevarían andada legua y media, cuando al atravesar la llanura de Tonanpoco, no lejos de Otonpa, se vió venir la muchedumbre de los méxica, oyéndose sus gritos de guerra. Hizo alto la hueste, tomó su formación de batalla; D. Hernando le dirigió un breve discurso haciéndole entender ser preciso

(1) Cartas de Relac. pág. 147.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Sahagun, lib. XII, cap. XXVI.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XII.

(3) "Y como iban vestidos de blanco, parecía el campo nevado," dice Herrera.

vencer ó morir, y la llanura se inundó con los guerreros indios, avanzando resueltamente por todas partes hasta envolver á los blancos. "Estaban los españoles como una isleta en el mar, combatida de las olas por todas partes." (1)

Los méxica cerraron pié con pié; en balde la caballería hizo varias arremetidas, pues las compactas masas de guerreros una vez desordenadas volvían á reunirse; con sus empujes sucesivos lograron por último rechazar á los jinetes, hasta hacerlos replegar al abrigo de los peones. De nada valían tampoco las récias estocadas, pues los muertos eran al momento reemplazados por los vivos, pareciendo casi inútil el herir y matar. Con verdadero heroísmo, los guerreros cobrizos se metían por la punta de los aceros, satisfechos si al perder la vida lograban hacer daño á los aborrecidos teules.

Prolongábase la batalla. Los blancos no habían sido vencidos; pero el Cihuacoatl lanzaba siempre nuevos refuerzos sobre el campo, sabiendo que si el combate proseguía, cansados de matar y extenuados por el hambre, los castellanos sucumbirían al fin; así, luchaban y luchaban sin tregua. "Pelearon con nosotros tan fuertemente por todos lados, que casi no nos conocíamos unos á otros, tan juntos y enyeltos andaban con nosotros. Y cierto creímos ser aquel el último de nuestros días, segun el mucho poder de los indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir como íbamos muy cansados, y casi todos heridos y desmayados de hambre." (2)—"Llegado el medio día, con el intolerable trabajo de la pelea, los españoles comenzaron á desmayar. Viendo esto el capitán D. Hernando Cortés, con gran ánimo comenzó á animar á los españoles diciéndoles: "¡Oh hermanos! ¿qué haceis? ¿cómo no os esforzais? ¿Por qué desmayais, y os dejais matar como puercos de estos malditos idólatras?" (3) Los castellanos comenzaban á desordenarse. En aquel trance supremo el ánimo de D. Hernando permaneció sereno; recordó que los guerreros tenían la negra costumbre de huir cuando muerto el general había perdido el estandarte; alzándose sobre los estribos, buscó sobre la multitud al Cihuacoatl, descubrióle encima de un otero cargado en andas por los nobles y rodeado de su guardia; uniendo la pronta ejecución al rápido pensa-

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXVII.

(2) Cartas de Relac. pág. 148.

(3) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXVII.

miento, reúne á su lado los jinetes, con los capitanes Sandoval, Olid, Alvarado, Ávila, Gonzalo Dominguez, y mostrándoles el punto de mira, "Ea, señores, exclamó, rompamos con ellos." Precipitáronse en la direccion marcada, hendiendo los compactos escuadrones y abriendo un ancho surco llegaron al Cihuacoatl, Cortés con el encuentro del caballo le derribó de las andas, Juan de Salamanca se apeó listamente, le arrancó la vida y el estandarte que presentó á D. Hernando, éste le tomó, levantándole en alto, le sacudió en señal de triunfo, á semejante vista, siguiendo la mala costumbre, los guerreros huyeron en todas direcciones como una bandada de tímidas palomas. Como por encantamiento había terminado la batalla. (1)

Dicen haber concurrido á la batalla 200,000 naturales, de los cuales perecieron 20,000: nos parecen cifras abultadas por la jactancia. Los castellanos quedaron reducidos, segun Bernal Díaz, á cuatrocientos cuarenta peones, veinte caballos, doce ballesteros y siete escopeteros; de los tlaxcalteca perecieron casi todos, distinguiéndose en la batalla el capitán Calmecahua, hermano de Maxicatzin, llamado D. Antonio en el bautismo, célebre no tanto por su valentía, cuanto por haber muerto de 130 años. Juan de Salamanca recibió más tarde en premio de la hazaña, llevar por armas el penacho del Cihuacoatl.

Recogido por los castellanos el despojo abandonado por los mexicanos en el campo de batalla, prosiguieron la marcha, haciendo alto aquella noche en un pequeño lugar en la misma llanura, llamado Apan; no tuvieron contratiempo, sino oír de lejos la grito de los contrarios. Iban alegres por haber escapado á tan gran peligro y asombrados de la pasada victoria, debida así á la bravura de D. Hernando como á su ingenio para aprovechar las prácticas de los naturales. Desde Apan se divisaba la alta sierra del Matlalcueye; era la tierra de Tlaxcalla, el término de la peregrinacion. Asaltábales en medio del gozo una punzante duda: ¿los recibirían en la señoría con la antigua amistad? ¿La desgracia suya habría traído mudanza en el ánimo de los fieros tlaxcalteca?

(1) Sahagan, lib. XII, cap. XXVII.—Cartas de Relac. pág. 148.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XIV.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXIII.—Gomara, Cron. cap. CX.—Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla, MS.—Ixtilxochitl, Hist. Chichim. cap. 89, MS.

Siendo ya día claro dejaron á Apan. Llegados á una fuente en donde se partían los términos de Tlaxcalla, bebieron con abundancia, se lavaron y descansaron. "E así salimos este día, que fué domingo á ocho de Julio, de toda la tierra de Culua, y llegamos á tierra de la dicha provincia de Tascaltecal, á un pueblo de ella que se llama Gualipan, (1) de hasta tres ó cuatro mil vecinos, donde de los naturales de él fuimos muy bien recibidos, y reparados en algo de la gran hambre y cansancio que traíamos; aunque muchas de las provisiones que nos daban eran por nuestros dineros y aunque no querían otro sino de oro, y éranos forzado dárse-lo, por la mucha necesidad en que nos víamos." (2)

Temía D. Hernando penetrar en la señoría, dudoso de la manera con que sería recibido. Presto salió de la incertidumbre, pues luego que los cuatro señores fueron informados de la llegada de los castellanos, vinieron á Hueyotlipan acompañados de algunos principales de Huexotzinco; dieron la bienvenida á Cortés, se dolieron de sus pesadumbres y heridas, le consolaron y prometieronle de nuevo perpetua amistad, no sólo por ser ya sus aliados, sino por vengar las muertes de sus parientes y amigos caídos á manos de los mexicanos: trajeron gran cantidad de víveres y refrescos para regalar á sus amigos. Agradecido el general regalándoles en recompensa algunos de los despojos de Otonpa con las armas y estandarte del Cihuacoatl, lo cual tuvieron en mucho por haber sido quitado á los mexicanos. Aquellos agasajos fueron acibarados por malas noticias. Al venir la última vez sobre México, Cortés había dejado en Tlaxcalla á los heridos y enfermos, en guarda del tesoro que de Cempoala traía y de lo que Juan Velázquez había recogido en Tuxtepec, ordenándoles para cuando estuviesen repuestos se dirigiesen con el oro á Tenochitlan. Habiendo llegado cinco jinetes y cuarenta y cinco peones de la Villa Rica al mando de Morla y de Juan Yuste, todos los

(1) Hueyotlipan, en el actual Estado de Tlaxcalla.

(2) Cartas de Relac. pág. 149. Los últimos conceptos del texto no son verdaderos. Así lo había dicho ya Juan Cano al historiador Oviedo, segun consta en el lib. XXXIII, cap. LIV: "Tenedlo, señor, por falso todo esso: porque en casa de sus padres no pudieran hallar más buen acogimiento los christianos, é todo quanto quisieron, é aun sin pedirlo, se les dió gracioso é de muy buena voluntad."—Consta lo mismo, por la deposicion de testigos presenciales, en la Informacion hecha por el gobernador y cabildo de naturales de Tlaxcalla, recibida en México y Puebla el año 1565. México 1875.

castellanos formando un destacamento de setenta y dos hombres, cinco mujeres de Castilla y un hijo de Maxixcatzin habían tomado el camino de México, dejando á Hueyotlipan unos doce dias habia. Ignorando el levantamiento de los méxica, se metieron por tierras del imperio, quedando muertos en su mayor parte, llevados los demas vivos á la capital: algun tiempo despues encontraron escrito en la corteza de un árbol: "Por aquí pasó el desdichado Juan Yuste, con sus desdichados compañeros, con tanta hambre, que por pocas tortillas de maíz, dió una barra de oro que pesaba ochocientos ducados." Perekó ademas Juan de Alcántara con otros tres vecinos de la Veracruz, los cuales iban á México por las porciones que les tocaban del tesoro, é igualmente muchos castellanos que confiados en la paz, andaban dispersos por los caminos. (1)

Despues de haber descansado tres dias en Hueyotlipan, los castellanos se movieron para la ciudad de Tlaxcalla, en donde fueron recibidos con gran regocijo, si bien mezclado con el llanto de multitud de mujeres, acongojadas por la pérdida de sus deudos muertos. Maxixcatzin aposentó á Cortés en su palacio, y Xicotencatl en el suyo á Pedro de Alvarado; la tropa quedó alojada cómodamente. Ahí tuvieron un reposo de veinte dias para curar á los heridos, de los cuales murieron cuatro quedando algunos estropeados; "é yo así mismo quedé estropeado de dos dedos de la mano izquierda." (2)

Tranquilo ya D. Hernando en Tlaxcalla, mandó pregonar, pena de la vida, que todos los soldados entregasen el oro que en su poder estaba y de México habían sacado: no se expresa bajo cuál pretexto se hacía la devolucion, constando sólo haber obedecido el mandato, reuniéndose alguna cantidad del codiciado metal: hizo ademas probanza de corresponderle la parte salvada del tesoro. (3)

D. Hernando estrechó su amistad con los tlaxcalteca, ajustando

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIII.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Cartas de Relac. pág. 150.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXIII.

(2) Cartas de Relac. pág. 151.—Acerca de estos dos dedos perdidos por Cortés, decía Juan Cano á Oviedo, lib. XXXIII, cap. LIV: "Tuvo Dios bien poco que hacer en sanarle; é salid, señor, desse cuidado: que assi como los sacó de Castilla, quando pasó la primera vez á estas partes, assi se los tiene agora en España, porque nunca fué manco dellos ni le faltan: é assi nunca ovo menester cirujano ni miraglo para guarescer desse trabaxo."

(3) Resid de Cortés. El cargo en el tom. 1, pág. 28. De los dichos de los testigos consúltese principalmente: Gonzalo Mexica, tom. 1, pág. 101; Antonio Serrano de

una alianza en toda forma con los señores de las cuatro cabeceras, Maxixcatzin, Xicotencatl, Tzihucoacatl y Tlahuexolotzin y otros principales. Consistió aquel pacto en, "que le diesen socorro y ayuda de gente y armas y comida para hacer la guerra de México, y que les prometia en nombre del emperador nuestro señor y de la corona Real de Castilla, de darles á Cholula en repartimiento, y ciertos pueblos que solian ser afectos, y de partir con ellos lo que conquistase y ganase, y que les daría la tenencia de la fortaleza que se había de hacer en México, y les prometió otras muchas libertades y exenciones, é que ellos y sus descendientes é sucesores serian libres de tributo para siempre." (1) Así se explica y se comprende aquella firme lealtad guardada por los tlaxcalteca: fundábase en una série de tentadoras promesas, ninguna de las cuales tuvo cumplimiento. Todos aquellos pueblos, cegados por el ódio y

Cardona, tom. 1, pág. 211; Rodrigo de Castañeda, tom. 1, pág. 341, Alonso Cortés de Zúñiga, tom. 2, pág. 163.—El cargo está explicado de esta manera por D. Hernando.—"189. Item: si saben que al tiempo que los yndios se levantaron en esta cibdad la noche quel dicho Don Hernando Cortés é compañeros salieron huyendo desta cibdad, el dicho Don Hernando Cortés mandó dar y entregar todo el oro que de S. M. abia, á sus oficiales, é se lo dieron y entregaron, é liaron encima de una muy buena yegua, é dos hombres que llevaban consigo la dicha yegua; é si saben que nunca mas el dicho oro, ni la dicha yegua, ni los hombres que iban con ella, parecieron, ni ovo rastro ni señal dellos, é se perdió con mas de quatrocientos españoles que murieron aquella noche que los dichos yndios se alzaron: é si saben quel dicho oro que así se puso en la yegua, liado, era de S. M., lo que se abia abido de su quinto, é no del dicho D. Hernando Cortés."

"190. Item: si saben quel oro que pareció despues en poder de los españoles, no era lo que de S. M. se había perdido, antes del dicho D. Hernando Cortés é de otras personas, que se abia repartido aquella noche, para que cada uno salvase lo que pudiese; é si saben que todo aquel dicho oro que se ovo de los españoles, se abia ya quintado, porque nengund oro se ovo despues de la dicha noche hasta el tiempo que se dió el pregon para que los españoles truxesen el oro que ternian; é hasta que salieron huyendo la dicha noche, todo el oro que abia abido, estaba quintado é dado su parte á S. M.; é si saben quel oro que así pareció en poder de los españoles, descian que ya estaba quintado; é que era así que lo estaba, é se tornó á quintar otra vez, é se imbió á S. M. la parte que le copo, con Alonso de Mendoza."

"191. Item: si saben quel oro que así se recogió de los dichos españoles, para ver si pertenecía el quinto á S. M., ó si era de lo quintado, el dicho D. Hernando Cortés hizo proceso primero, é hizo su ynformacion antescribano, en forma."—Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 376—78.

(1) Pregunta 14 de la Informacion del cabildo de Tlaxcalla. De los testigos algunos lo fueron presenciales del concierto.

por efimeras ofertas, desertaron de la causa de la patria para pasarse al extranjero, sin comprender que bajo los escombros de los trozos de la triple alianza, quedarían sepultadas las nacionalidades indígenas. Despues de la victoria, los desertores son el blanco del desprecio del conquistador.

Despues de la victoria, los desertores son el blanco del desprecio del conquistador. Todos aquellos pueblos, cuyos reyes por el día y

Despues de la victoria, los desertores son el blanco del desprecio del conquistador. Todos aquellos pueblos, cuyos reyes por el día y

Despues de la victoria, los desertores son el blanco del desprecio del conquistador. Todos aquellos pueblos, cuyos reyes por el día y

Despues de la victoria, los desertores son el blanco del desprecio del conquistador. Todos aquellos pueblos, cuyos reyes por el día y

CAPITULO XII.

Despues de la victoria, los desertores son el blanco del desprecio del conquistador. Todos aquellos pueblos, cuyos reyes por el día y

CUITLAHUAC.—COANACOCHTZIN.

Trabajos en la ciudad.—Eleccion de Cuiclahuac.—Coanacohtzin rey de Texcoco y Te-  
tlepanquetzaltzin de Tlacopan.—Embajadores a las provincias.—Embajada a Tlax-  
calla.—Las viruelas.—Desasosiego en el campo español.—Invasion en la provincia  
de Tepeyacac.—Acatzinco.—Fundacion de Segura de la Frontera.—El hierro pa-  
ra marcar los esclavos.—Refuerzos.—Segunda expedicion de Garay a Pánuco.—  
Quecholac y Tecamachalco.—Toma de Cuauhquechollan.—Ocutusco.—Itzocan.—  
Sumision de algunos pueblos distantes.—Carta de relacion del 30 de Octubre.—Se-  
ñorio en el país conquistado.—Reparticion de los esclavos.—D. Hernando manda  
recoger el oro de los soldados.—Muerte de Cuiclahuac.

II tepcatl 1520. Cuiclahuac, en virtud de su origen real y de te-  
ner en el ejército el cargo de Tlacochoalctli, había sido reco-  
nocido como jefe supremo desde el momento en que salido del  
cuartel se puso al frente del movimiento contra los blancos; este  
mismo carácter conservó por algunos días, hasta ser reconocido de-